

Y por mas que los pecados se repitan, no cuatro, no ciento, no mil veces, sino si fuere posible millones de veces, siempre, siempre nos dejó en este Sacramento abiertas las puertas para el perdon: *Non semel*, dice el santo Concilio de Trento, *sed quoties ab admissis peccatis ad ipsum penitentes confugerint, possint absolvi.* (ses. 14. cap. 2.) ¡Oh abismo inmenso de misericordia! ¡Oh, insondable piélago de piedades! Una sola vez, una sola que nos hubiera dejado este Sacramento, para que solo á los treinta ó á los cuarenta años lo recibiéramos, y que sola esa vez nos perdonara, nos admitiera á su gracia, nos volviera á hacer hijos de Dios; y que despues así le volviéramos á ser ingratos, y no nos volviera á admitir; aun una sola vez era un beneficio inexplicable, inmenso, sumo; ¿pues qué será tantas veces, á todas horas y en todos tiempos? ¿Qué hicieran los demonios porque una vez no mas se les diera el hacer penitencia? Ya lo han dicho, que todos los tormentos de los mártires, todas las penitencias de los Anacoretas, todos los dolores del mundo juntos, los padecieran, no por una hora, sino por millares de años. ¿Y no lograrémos nosotros tantas veces lo que una vez sola así lo comprara un demonio?

Tenia un hombre la costumbre de confesarse á menudo; pero viendo que volvía á caer en culpas, vencido del engaño del demonio, determinó confesarse de tarde en tarde, para confesarlo, decía él, todo junto. Retirose; y algunos dias despues encontrándole su confesor, le preguntó cómo le iba.— De salud bien, Padre, respondió; mas lo que toca al alma allá os lo diré en la cuaresma, porque he determinado por no andar confesando cada día unas mismas culpas, confesarlas despues todas juntas.—

Está bien, respondió el cuerdo confesor; pero habeis de hacer por mí y por vos una experiencia bien fácil.—¿Cuál es?—Mirad: coged dos ollas de barro y llenadlas de barro fresco hecho agua. La una así llena hacedla arrimar á un rincon, no la toqueis mas; pero la otra haced que todos los dias la vuelquen, derramen todo el barro, la laven, y despues la vuelvan á llenar del mismo barro, y el dia siguiente hagan lo mismo. Fuese, hizolo así todos los dias; y ya que habian pasado bastantes dias, vuelve á encontrar al confesor y le dice: ¿para qué es aquello que ya yo he hecho todos los dias así?—¿Decidme ahora, le dijo el confesor: no despide la olla con gran facilidad el barro?—Sí, al punto.—¿No queda luego limpia?—Tambien.—Ea pues, id ahora, y aquella otra olla que tantos dias ha la tenéis apartada, hacedle sacar el barro y que la laven.—Cómo padre que eso no será fácil, porque se ha endurecido; se ha pegado de modo á la olla, que parece todo una pieza, y así ha de costar mucho, y quizá por sacar el barro se quebrará la olla. El confesor dijo entónces: ¿Se quebrará la olla? ¿Pues cómo voz quereis ir dejando el barro de las culpas que podeis sacar y lavar tan fácilmente, á que con la dilacion quizá no se podrá sacar, ó se quebrará la olla antes? Hombre, ¿caes repetidas veces? por eso mismo te has de confesar repetidas veces, que si no te avergüenzas de volver á llamar al médico otra y otra vez en las recaídas, para eso es Jesucristo mejor médico, dice San Agustin: *Medicum se vocat, et non sanis, sed male habentibus opportunum: et qualis hic esset, Medicus, qui iteratum malum nesciret curare cum Medicorum sit centies infirmum visitare, centies curare?* (L. de Ver. et Fals. paenit. cap. 5.)

Ya veo todo eso, me dirá por último algún gran pecadorazo; mas eso es para estas culpas ordinarias; pero mis pecados son gravísimos, son torpísimos, son innumerables.—Sean los que fuesen. Pregunta: ¿Serán tantos, y su malicia toda junta será tanta como es la bondad de Dios? No puede ser, no puede ser, porque aquella es bondad del todo infinita; esta es malicia que como de criatura, jamas, jamas podría llegar á ser infinita. Pues oíd ahora á San Agustin: *Ille solus diffidat, qui tantum peccare potest, quantum Deus bonus erit.* (*Exod. lib. de paen. cas. 5.*) A uno solo le permitiré yo, dice San Agustin, que desconfié, que pierda del todo la esperanza.—¿A uno solo? ¿y á quién?—Ya lo digo: Al que hubiere pecado tanto, que sus pecados puedan llegar á igualar los inmensos senos de la bondad de Dios: ¿hay alguno? No puede ser; y si esto es imposible, ¿quién puede haber que desconfié? ¿Quién puede perder la esperanza? ni aun el demonio mismo, dise el mismo Agustino, y toda la malicia de cuantos pecados se han hecho en el mundo, toda junta aun es menos que la misericordia de Dios: *Ipse diabolus, et omnis malitia minor est quam Dei misericordia.* (*Hom. in. psal. 50.*)—¿Menor? ¿Y qué tanto?—Ya lo dice mas á lo popular San Crisóstomo: ¿Sabeis qué tanto? Pues son todas esas culpas para con la misericordia de Dios, como una tela de araña arrebatada de los vientos, como una chispa, como una centella que cae en medio de todo el mar. Aliento, pecadores, aliento para llegarnos confiados al Sacramento de la Penitencia, que en él, sean las culpas que fueren, por graves, por enormes, por innumerables que sean, para todas está prevenido el perdon: *Si impius egerit paenitentiam ab omnibus peccatis suis*

*vita vivet, et non morietur.* (*Ezech. cap. 6. ver. 22.*) Promesa es admirable que os hace el mismo Dios por Ezequiel: *Omnium iniquitatem ejus, quas operatus est, non recordabor.*—Ya; pero si ha sido toda mi vida de pecados; los treinta, los cuarenta años olvidado de Dios; pisando sus Mandamientos, qué he de acudir ahora—Sea cuando fuere, hasta el último instante de la vida tienes abiertas las puertas de la penitencia, en el último instante, si con veras te arrepientes tienes la salvacion: *Paenitentiam Dei benignitas non aspernatur,* te dice San Cipriano. (*Cip. de Caen. Dñi.*) Nunca, nunca desprecia la benignidad de Dios la penitencia, y si la contricion es verdadera, ni lo grave de las culpas, ni lo breve del tiempo, ni lo último de la hora le estorva para conseguir el perdon: *Nec serum est quod verum est, nec quantitas criminis, nec brevitatis temporis, nec vitæ enormitas, nec horae extremitas, si contritio vera fuerit, excludit a venia.* (*V. Confes. exemp. 20.*) Pongo delante lo que he dicho con este prodioso suceso.

Refiérello el *Espejo* grande de ejemplos. Dos hermanos gemelos vinieron á estudiar á Paris, y si bien parecidos como gemelos, por haberlos abrigado un mismo vientre, ya por fuera del abrigo de sus padres eran muy desemejantes en las costumbres. El uno muy dado á la virtud, al servicio de Dios y al estudio; pero el otro dejándose llevar de ruines compañías, escollo lastimoso de la juventud, dió en cursar mas las casas del juego que las escuelas; mas las tabernas que las aulas; y con tal doctrina eslabonándose los vicios, fué dando en tan torpes despeños, que era ya el horror de cuantos lo veían. No cesaba el otro hermano de repetirle buenos consejos; pero él hacia burla de todo, y

peor prosiguió cada día, y del todo rematado por algunos años: y viendo su perdicion su buen hermano clamaba á Dios que lo reprimiese, porque no se perdiera su alma. Oyólo su Magestad; y cuando aquel mancebo mas perdido, derribólo con una grave enfermedad, que á no muchos días lo puso ya en los trances donde se ven claros los desengaños. Así estaba entre sus dolores una noche, cuando vió entrar por la pieza un venerable anciano de hermosísimo aspecto; pero mirólo tan severo, que al preguntarle: ¿conoceisme? él temblando: no señor, respondió; ¿quién sois?—Soy el Celestial Dueño y Señor del mundo: yo te dí el sér, la vida y cuanto tienes; te la he conservado con tantos beneficios, y á todos me has correspondido con tantas culpas, y por eso te digo que eres hijo de eterna muerte. Dijo y desapareció. ¿Cuál quedaría aquel miserable? En un profundo negro de tristeza. Así pasó aquella noche y el día lleno de congoja; y á la siguiente noche ve entrar por la pieza un mancebo hermosísimo, que si bien las llagas de manos, pies y costado, conque resplandecía, lo daban bien á conocer, aun no lo conoció el enfermo. —No sé señor quién sois, le dijo, aunque bien veo que sois parecidísimo al que estuvo aquí anoche. —Soy su Hijo, respondió, y tu Redentor: por tí me hice hombre y me sujeté á tus miserias; por tí padecí los mayores tormentos, derramé mi sangre y dí mi vida; y tú me has pagado con tantas culpas; pues yo te digo que eres hijo de eterna muerte; y esta sangre, dijo arrojándosela al rostro, será ya para tu condenacion; y desapareció con esto. Ponderad si alcanzais cuál quedaría aquel desventurado; pero en tales extremos instábale su buen hermano á que se dispusiese para morir; y él contán-

dole lo que le habia pasado, ya se cerraba á su remedio; pero el hermano le instó con tan eficaces razones, ponderándole la fuerza de la penitencia, que lo redujo: trájole un confesor; y él con ríos de lágrimas confesó sus culpas mezcladas entre gemidos y sollozos; recibió la absolucion y luego el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; y esperando ya temeroso la muerte, á la siguiente noche se le apareció otro mancebo de igual hermosura, que traía en el hombro una paloma blanca como la nieve:—Yo soy le dijo, el Espíritu Santo, de igual poder con el Padre y el Hijo, y uno de ellos: sabe que por tu penitencia te he perdonado tus pecados. Volvió aquel como de un sueño profundo: ¿Y cómo puede ser eso, le dijo, si pasa esto? y refiriólo. A que le respondió el Espíritu Santo: tiene muy fuertes brazos la penitencia, ella es la que vence al que es invencible y muda al que es inmutable; y para que lo veas, dentro de tres días vendrás con nosotros á la gloria. Así fué gastando aquel dichosísimo enfermo los tres días en alabanzas de Dios hasta que al cabo de ellos se fué á gozarlo.

¡Oh poder admirable de la penitencia! logrémoslo con tiempo, que tanta piedad, si la despreciamos, hará mas fuerte el rigor de la justicia: avivemos el amor con la confianza para llegar luego luego á este Tribunal de la gracia que nos asegura el trono de la gloria.